

BERNA.—EL RIGHI

Siempre que llego á alguna parte, mi querida Adela, mi primer cuidado es escribirte. Apenas estoy instalado, me hago traer una mesa y un tintero, y me pongo á hablar contigo, con todos vosotros, mis queridos hijos. Tomad cada cual una parte de mi pensamiento, como tenéis vuestra parte de mi corazón.

He llegado á Berna de noche, como en Lucerna y como en Zurich. No me disgusta llegar á las ciudades á esa hora. Hay en la ciudad que vemos de noche por primera vez, una mezcla de tinieblas y resplandores, de luces que os muestran las cosas y de sombras que os las ocultan; de que resulta no sé qué aspecto exagerado y quimérico que no carece de encanto. Es una combinación de lo desconocido que deja en libertad al espíritu de soñar á su sabor. Muchos objetos que de día no son más que prosa, adquieren entre sombras una cierta poesía. De noche los contornos de las cosas se dilatan; de día se empequeñecen.

Eran las ocho de la noche; había dejado Thun á las cinco. Dos horas hacía que el sol se había puesto, y la luna, que está en el cuarto creciente, se había

levantado por detrás de mí en las altas y desgarradas crestas del Stockhorn. Mi cabriolé de cuatro ruedas trotaba por una excelente carretera. Conservo siempre el mismo cabriolé, que ha cambiado únicamente de cochero no sé por cuál combinación.

Mi actual cochero es sumamente pintoresco; es un talludo piamontés con grandes patillas negras y ancho sombrero de hule, hundido en un inmenso carrick de cochero de punto, de cuero amarillo forrado de piel de carnero negro y adornado por fuera con trozos de piel encarnada, azul y verde, aplicados sobre el fondo amarillo dibujando fantásticas flores. Cuando se entreabre el carrick, deja ver una chaqueta de color de aceituna y unos calzones y polainas de cuero, realzado todo por un dije hecho de una moneda de dos francos con la efigie del emperador, en cuyo grueso lleva enroscada una llavecita de reloj.

Como iba diciendo, tenía delante de mí el cielo blanco del ocaso y detrás de mí el cielo gris del claro de luna. El paisaje, visto bajo la impresión de ese doble reflejo, era arrebatador. De vez en cuando descubría á mi izquierda el Aar describiendo sinuosidades de plata en el fondo de una negra hendidura. Las casas, que con frecuencia tienen la forma de chalet, y que son pequeños edificios de madera labrados hasta lo inconcebible, mostraban á ambos lados de la carretera sus fachadas débilmente animadas por los rayos de la luna, con su alta techumbre cobijando las rojizas ventanas.

Noto al pasar que el techo de las cabañas es inmenso en este país de aguaceros y chaparrones. El techo se ofrece por entero á la lluvia; en Suiza invade toda la casa, en Italia se disimula, en Oriente desaparece.

Y prosigo. Yo contemplaba las siluetas de los árboles, lo que me divierte siempre, y acababa de ad-

mirar la enorme copa de un nogal en un prado á cien pasos de la carretera, cuando el cochero se ha bajado para frenar. Cuando se frena es buena señal; es el silbato del maquinista. Va á cambiar la decoración.

En efecto, la carretera se ha abajado como una pendiente, y á mi izquierda, á través de la hilera de árboles que costea el camino, á los rayos de la luna, en el fondo de un valle confusamente entrevisto, una ciudad, una aparición, un cuadro deslumbrador ha surgido de pronto.

Era Berna y su valle.

Más bien hubiera creído ver una ciudad china en la noche de la fiesta de los faroles. No porque los tejados remataran en cúspides recortadas y fantásticas; pero había tantas luces encendidas en aquel viviente caos de casas, tantas velas, tantos faroles, tantas lámparas, tantas estrellas en todas las ventanas; una especie de ancha y blancuzca calle trazaba, en medio de aquellas constelaciones desarrolladas en el suelo, una vía láctea tan extraña, dos torres, ésta cuadrada y maciza, aquélla esbelta y puntiaguda, marcaban tan caprichosamente los dos extremos de la ciudad, la una en la cúspide, la otra en la hondonada; el Aar, curvado en forma de herradura al pie de los muros, destacaba tan singularmente de la tierra, como una hoz que corta una masa, aquel montón de vagos edificios sembrados de puntos luminosos; la media luna situada en frente, en el fondo del cielo, como la antorcha de aquel espectáculo, arrojaba sobre todo aquel conjunto una claridad tan suave, tan pálida, tan armoniosa, tan inefable, que no era una ciudad lo que yo veía, era una sombra, el fantasma de una ciudad, una isla imposible del aire con el ancla en un valle de la tierra y alumbrada por los espíritus.

Mientras iba bajando, las hermosas siluetas de la

ciudad se han descompuesto y recompuesto varias veces, y la visión se ha disipado á medias.

Mi carruaje ha pasado después un puente y se ha detenido bajo una puerta ojival; un viejo empleado en compañía de dos soldados de uniforme verde, ha venido á pedirme el pasaporte; á la luz del reverbero he visto un cartel de funámbulos, exornado con un dibujo y pegado al muro, y he caído de lo alto de mi sueño chino á Berna, capital del mayor de los veintidos cantones, ciudad de trescientos noventa y nueve mil habitantes, residencia de los embajadores, situada en los $46^{\circ} 57' 14''$ de latitud septentrional y en los $25^{\circ} 7' 6''$ de longitud, á mil setecientos ocho pies sobre el nivel del mar.

Algo repuesto de mi caída, proseguí el camino, y aquí me tienes ahora en el *Hotel de los Caballeros (gentilshommes)*. Lo que representa otra caída, pues el Hotel de los Caballeros me hace el efecto de una posada destartalada; los cuartos huelen á mohó, las cortinas blancas están doradas por los años, las piezas de latón de las cómodas están llenas de cardenillo, la tinta es un lodo negro. En una palabra, el Hotel de los Caballeros no carece de originalidad; nada más inesperado que este oasis de suciedad bretona en medio de la limpieza suiza.

Ahora tengo que contarte una excursión al Righi.

No era el Righi el que deseaba ver al quedarme en Lucerna, sino el Pilatos. El Pilatos es un monte abrupto, salvaje, impregnado de misterio, de difícil acceso, abandonado por los *touristes*; y me tentaba mucho. El Righi es mil cuatrocientos pies más bajo que el Pilatos, se deja subir á caballo, no tiene más escabrosidades que las que necesitan los burgueses, y se cubre todos los días de una colonia de visitantes. El Righi es la proeza de todo el mundo. Por eso sólo

me inspiraba un mediano deseo. Sin embargo, persistía el tiempo desfavorable á la ascensión del Pilatos; *Odry*, un guía de nariz roma, llamado con ese nombre por los viajeros franceses, se negó á acompañarme; y me fué forzoso contentarme con el Righi. En suma, no me quejo del Righi, pero hubiera querido ver el Pilatos.

Después que me hubo afeitado aquel horrible desollador que se llamaba Fraunezer, salí de Lucerna para el Righi el 12, á las ocho de la mañana; á las nueve, el vapor *Ville de Lucerne* me desembarcaba en Wiggis, linda aldea de la orilla del lago, donde almorcé pasablemente; á las diez dejaba el *gasthof* de Wiggis y empecé á subir la montaña; llevaba conmigo un guía por pura forma y por todo equipaje un bastón.

Por el camino encontré dos ó tres caravanas con caballos, mulos, borricos, sacos de provisiones, palos herrados, guías para conducir las bestias, guías para explicar los sitios, etc. Hay viajeros que tratan al Righi como al monte Blanco; especies de Quijotes de las montañas que van resueltos á *realizar una ascensión*, y que escalan un cerro con todo el aparato de Cachat el Gigante. Ahora bien, el Righi es muy hermoso, pero puede subirse y bajarse con un simple bastón en la mano. Ya te acordarás, Adela mía, de nuestra excursión al Montanvert; el Righi sólo le aventaja en tener doble altura; el Montanvert tiene unos dos mil quinientos pies, el Righi al rededor de cinco mil.

La ascensión del Righi por Wiggis dura tres horas y puede dividirse en cuatro zonas.

El trayecto de cada una de las dos primeras zonas dura próximamente una hora; el trayecto de las dos restantes media hora cada una.

Se empieza por un camino á través de la arboleda, cuyas ramas bajas rasgan los encajes de las viajeras

inglesas, y donde algunas lindas muchachas, descalzas, os ofrecen peras y melocotones. La floresta alterna con los huertos; de vez en cuando el azul del lago agujerea el verde de los árboles, y entre dos ciruelas se divisa una barca. Luego un sendero, muy áspero en algunos puntos, que va subiendo por aquel declive que tienen casi todas las montañas entre la falda y la cumbre; luego una pendiente de césped donde el camino se ensancha cómodamente y separa la casa llamada de *los baños fríos* de la casa llamada del *peaje*; después, á partir del peaje hasta la cima (Kulm), un sendero aquí y allá muy escabroso, desde donde vuelve á verse Lucerna y que costea un precipicio, al fondo del cual está Kussnacht.

La primera zona no es más que un agradable paseo, la segunda es muy penosa. El día estaba sereno, el sol caía á plomo caldeando los blancos ribazos de la montaña, á lo largo de los cuales se encaramaba el sendero, sostenido de trecho en trecho por empalizadas y muros de contención. La antigua mole diluviana está deshecha por las lluvias y los torrentes, los cantos rodados cubren el camino, y yo avanzaba muy lentamente por encima las cabezas de clavos de aquel cascajo. De vez en cuando encontraba una mala pintura colgada en el muro de roca, representando una de las estaciones del viacrucis.

A mitad de la cuesta hay una capilla adornada de un mendigo, y doscientos pasos más arriba una gran roca desgajada de la montaña que ellos denominan la *pedra-torre*, por debajo la cual pasa el camino. Una sombra muy fresca y un poco de agua fría caen de aquella bóveda sobre el transeunte bañado de sudor; allí han puesto un banco, en el que se sientan traidoramente las pleuresías.

La piedra-torre, por lo demás, es muy curiosa de ser vista. Está coronada por una plataforma inaccesi-